

LA HUELLA DE UN MENSAJERO

HAGEO

Este ha sido un caluroso día en Phoenix. Tal como sucedió en Jerusalén, el 29 de agosto del año 520 AC. Imagine a una multitud reunida al aire libre, sin aire acondicionado, para escuchar al profeta Hageo. Ciertamente ese no era el mejor momento del año, en el sofocante calor del verano, para reunir a la multitud y predicar un sermón.

Pero eso fue lo que Hageo hizo. Dentro de él ardía un mensaje que no podía esperar que el tiempo refrescara. Así que el primer día del sexto mes del segundo años del rey Darío—29 de agosto del 520 AC, para ser exacto—Hageo predicó el primero de cuatro sermones cortos. Cuatro sermones cortos que en cuatro meses produjeron un vuelco total en el pueblo de Dios, de la apatía al buen éxito.

Veamos que tratan los cuatro sermones de Hageo. Veremos tres conceptos cuya letra inicial es “d” —detención, desánimo, y deshonor— que impiden que alcancemos el cuarto concepto que también comienza con “d” . . . Destino.

DETENCIÓN

Las palabras iniciales de Hageo fueron: «Así dice el SEÑOR Todopoderoso: “Este pueblo alega que todavía no es el momento apropiado para ir a reconstruir la casa del Señor.”» (1:2).

¿A qué se refiere?

Para ver esto desde una perspectiva moderna, pensemos en 1945. ¿Qué sucedió hace sesenta y seis años atrás? Terminó la Segunda Guerra Mundial. Si usted hubiera estado vivo en ese tiempo, no le parecería algo tan lejano; pero para la mayoría, posiblemente esto es historia antigua.

El punto de partida de Hageo es sesenta y seis años antes. En otras palabras, cuando los babilonios destruyeron Jerusalén y el templo de Salomón, y el pueblo de Dios fue llevado a una tierra que no conocían. El lamento del Salmo 137 lo presenta de manera muy clara:

Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos, y llorábamos al acordarnos de Sión. En los álamos que había en la ciudad colgábamos nuestras arpas. Allí, los que nos tenían cautivos nos pedían que entonáramos canciones; nuestros opresores nos pedían estar alegres; nos decían: «¡Cántennos un cántico de Sion!»
¿Cómo cantar las canciones del SEÑOR en una tierra extraña?

Ahora, de 1945 trasladémonos a 1993—cuarenta y cinco años después. Estos también fueron los años que transcurrieron desde la destrucción del templo y el primer retorno en 538 AC de casi cincuenta mil personas que fueron dirigidas por Esdras. Regresaron con la intención de reconstruir el templo, y en efecto ellos fueron los que echaron los cimientos. Después, se atemorizaron por la oposición de sus enemigos. Como resultado, se detuvo la reedificación.

Avancemos rápidamente dieciocho años y nos encontraremos en el 29 de agosto de 520 AC. Piense en todo el trabajo que significa construir un nuevo edificio, echar el cimiento, y que durante dieciocho años nada más se haga. ¿Qué haría usted para animar a la congregación a terminar ese trabajo?

Esa es la sobrecogedora tarea que enfrenta Hageo.

Su sermón más extenso es el primero de los cuatro—en que trata la primera gran “D” de Detención. ¿Por qué razón el pueblo de Dios dejó pasar dieciocho años sin hacer absolutamente nada para terminar la obra que habían comenzado?

Hageo entra en la escena, y nada sabemos de él. No sabemos si es joven o anciano, si es casado o soltero, si es sacerdote o campesino. Todo lo que sabemos es que habla con Dios, y Dios le habla a él.

El Señor de los ejércitos no está complacido con su pueblo. Está arto de sus excusas, de oír que dicen: “todavía no es el momento apropiado para ir a reconstruir la casa del Señor”. Sus palabras no son sinceras porque sí han tenido tiempo de embellecer sus propias viviendas mientras que el templo permanece en ruinas, semana tras semana, mes tras mes, año tras año.

También tuvieron otra excusa para no trabajar en el templo. Estaban en medio de una gran recesión. Hageo comenta la razón de los problemas económicos, del por qué habían tenido sequía y los campos no habían producido su fruto. Dios había arruinado todo porque ellos no le dieron a Él el primer lugar. Atendían sólo los asuntos que eran de interés de ellos, se preocupaban de su propia comodidad, no así de lo que era importante para Dios.

Trasladémonos del 520 AC al 2011 DC.

¿Qué es importante para Dios en este momento? ¿Qué quiere que cada creyente haga en lo personal y colectivamente como parte de las Asambleas de Dios?

Tenemos una cuádruple razón de nuestra existencia: evangelismo, adoración, discipulado, y compasión. Para la iglesia local, tenemos el modelo Hechos 2 de una iglesia saludable: conectar, crecer, servir, ir, adorar. Como estrategia tenemos cinco Valores Esenciales: proclamar a Cristo fervorosamente, invertir estratégicamente en la próxima generación, vigorosamente establecer nuevas iglesias y revitalizar las que ya tenemos, hábilmente proveer recursos para nuestra fraternidad, y orar fervientemente.

Podría hablar extensamente acerca de cada uno de esos puntos. Pero en vez de hacerlo,

quisiera hacerle una pregunta personal.

¿Qué ha empezado usted y ha dejado a medio camino? ¿Qué visión puso Dios un día en su corazón y que hoy está bien guardada en el baúl de los recuerdos? ¿Qué sueños le ha dado el Señor que hoy parece que no tienen vida?

Tal vez usted responda: “No quiero pensar en eso. He dejado de soñar en lo que podría ser. Una vez escuché que el Señor me hablaba, pero hoy, si me habla, ya no lo escucho con tanta claridad. Simplemente sigo la rutina de la vida. Mi hoy es como mi ayer y mi mañana será como mi hoy. Ya tengo estabilidad. Tengo un techo sobre mi cabeza. Tengo una fuente de ingreso que me provee de lo que necesito. Estoy bien, pero me sacrifico trabajando para el Señor. No ha llegado todavía el momento de que haga algo diferente de lo que me ocupa hoy. Estoy viviendo en mi casa techada, detrás de mis muros que me separan del mundo.”

Si eso es lo que usted piensa, yo opino que usted está detenido.

¿De qué manera el Espíritu Santo, a través de su profeta Hageo, habla acerca del problema de la detención? ¿De qué manera Él habla a una iglesia local que se siente derrotada, que no crece, que no está evangelizando a su comunidad ni está cumpliendo como iglesia misionera?

El Espíritu, a través de la predicación de Hageo, a través de toda esa Palabra inspirada por Dios, desvía nuestra atención de las circunstancias para que nos centremos en Dios que es todopoderoso y capaz de hacer abundantemente más allá de lo que podemos pedir o imaginar.

Prácticamente las primeras palabras de la boca de Hageo son: “Esto es lo que el SEÑOR Todopoderoso dice.” El SEÑOR . . . Todopoderoso. El SEÑOR de los Ejércitos. El Señor de los escuadrones. El Dios de fuerza, el Dios de poder, el Dios de maravillas, el Dios que prevalece.

Al dirigirse a un pueblo derrotado, Hageo siente que debe presentar este cuadro de Dios. Catorce veces en treinta y ocho versículos él se refiere a Dios como “SEÑOR Todopoderoso” y veintiuna veces se refiere a Él como “SEÑOR”—Jehová, Dios que guarda el pacto. Dios que es. Dios que puede. Dios que es suficiente. Dios que está por encima de todo, en todo, a través de todo.

En efecto, la expresión “SEÑOR de los Ejércitos” o “SEÑOR Todopoderoso” se usa más de trescientas veces en el Antiguo Testamento, pero se usa más profusamente en los escritos de los tres últimos profetas que ministraron en las circunstancias más desfavorables para el pueblo de Dios. Un remanente ha vuelto al territorio, el templo está en ruinas, Jerusalén está indefensa, y en el pueblo impera la apostasía y la apatía. No obstante los tres últimos profetas menores citan alrededor de noventa veces la expresión SEÑOR Todopoderoso. En tiempos de angustia, cuando ya no hay recursos humanos, es cuando más necesitamos reconocer el hecho de que nuestra ayuda viene de Dios, que nos dirige de victoria en victoria.

Hageo conoce las Escrituras que vinieron a él. La situación que enfrentó es la misma que todo líder que Dios ha llamado debe enfrentar—a partir de Moisés. Moisés fue llamado a una tarea que parecía igualmente imposible. No quería hacerlo. Y usted tampoco querría si tuviera que enfrentar a un gran ejército con sólo una vara en las manos. Y Moisés dijo a Dios:

—Supongamos que me presento ante los israelitas y les digo: “El Dios de sus antepasados me ha enviado a ustedes.” ¿Qué les respondo si me preguntan: “¿Y cómo se llama?” —YO SOY EL QUE SOY —respondió Dios a Moisés—. Y esto es lo que tienes que decirles a los israelitas: “YO SOY me ha enviado a ustedes.” (Éxodo 3:13,14).

¿Cuál es el antídoto para la derrota? ¿Cuál es la chispa de energía para un ministro que ha comenzado una buena obra pero que no ha progresado? El antídoto es éste: “Quien es YO SOY lo ha enviado.”

Me gusta mucho un poema que colgaba en una pared de la cocina de pequeña hostería en Colorado. El poema fue escrito por Helen Mallicoat:

Me lamenté por el pasado,
y temí el futuro.

De pronto Dios me habló:
“MI NOMBRE ES ‘YO SOY’”

Esperé, Dios continuó:
“Cuando vives en el pasado,
con sus errores y remordimientos,
es difícil. Yo no estoy allí.
MI NOMBRE NO ES ‘YO FUI’.

“Cuando vives en el futuro,
con sus problemas y temores,
es difícil. Yo no estoy allí.
MI NOMBRE NO ES ‘YO SERÉ’.

“Cuando vives en este momento,
no es difícil. Yo estoy aquí.
MI NOMBRE ES ‘YO SOY’.”

“YO SOY” es la palabra que Dios dio a Hageo para levantar de su sueño a un pueblo derrotado. Es la misma palabra que le da a usted: “Entonces Hageo su mensajero

comunicó al pueblo el mensaje del Señor: «Yo estoy con ustedes. Yo, el Señor, lo afirmo.» (1:13).

Más de la mitad de las iglesias de las Asambleas de Dios en los Estados Unidos no informaron crecimiento o informaron un descenso en los últimos cinco años. ¿Cuál es la solución? Es lo que encontramos en el libro de Hageo—un ferviente predicador que ha escuchado a Dios y que está listo para mover al pueblo de Dios para que hagan la obra que Él les ha encomendado, un mensajero que tiene la confianza de decir: “Así dice el SEÑOR Todopoderoso.”

Debemos ser cuidadosos no sea que adoptemos el patrón del pueblo en tiempos de Hageo que vivieron años de estancamiento y falta de progreso en la obra de Dios. Dejaron que las circunstancias, en vez de la fe en Dios, dictaran su conducta.

En los últimos años hemos vivido tiempos económicos difíciles. Podríamos sentarnos y decir: “Este no es el momento adecuado para establecer nuevas iglesias. Este no es el momento de que trabajemos para que nuestra iglesia enferma se recupere. No es el momento de que expandamos nuestras escuelas y universidades, y los ministerios de Chi Alpha. No es el momento de que aceptemos más misioneros. No es el momento de que agreguemos un miembro al equipo de trabajo o un ministerio. No es el mejor momento para edificar.”

Tomemos todas esas excusas y confrontémoslas con los que el SEÑOR Todopoderoso dice: “Este pueblo alega que todavía no es el momento apropiado”. Note que Dios no se refiere a ellos como “mi pueblo” sino “este pueblo”. Cuando por incredulidad retrocedemos y no ejercitamos la fe, el Señor dice: “No te comportas como Mi pueblo.”

¿De qué manera dejamos nuestra huella? Como líder algo debe suceder en su corazón. Debe haber una sensación de que esto es más que una buena idea, esta es idea de Dios. ¡Y sabemos que es del Señor porque su fundamento es la Palabra!

Hageo predicó su primer sermón el 29 de agosto. Veintitrés días después, el 21 de septiembre, sus palabras surtieron efecto en el pueblo, ellos comenzaron a trabajar en la casa de Dios (1:15).

DESÁNIMO

No mucho después, nos encontramos con la segunda D: la D de Desánimo.

No nos debe extrañar que seamos mejores para empezar que para terminar. Fíjese como disminuye la asistencia al estudio bíblico de doce semanas. Si comienza con treinta personas, tal vez se sentirá feliz de terminar con quince. La gente se ofrece como voluntaria pero pronto dejan lo que empezaron a hacer.

También es fácil que nosotros los ministros nos dejemos abatir por el desánimo cuando no vemos crecimiento. Así me ha sucedido a mí. Hablo acerca de esto en mi libro, *Road Trip Leadership* [La ruta del liderazgo]. Cuando comencé a pastorear mi primera y única

iglesia, tuve grandes visiones de que la pequeña congregación crecería hasta alcanzar millares de personas. Pero en mis primeros seis años la congregación disminuyó de setenta y tres a cuarenta y nueve, las finanzas se agotaron, en nuestro pequeño santuario en forma de A que tenía capacidad para 180 personas sentadas había sólo un tercio de esa cantidad, mi esposa y yo comenzamos a vender los muebles de nuestro hogar para poder comprar alimento, y la compañía de electricidad más de una vez estuvo a punto de cortar nuestro servicio por falta de pago. ¡Teníamos problemas con la falta de energía eléctrica y de energía espiritual! Una noche mi esposa, Jewel, y yo, sentados frente a frente sobre la cama y hasta altas horas de la mañana nos preguntamos si estábamos fuera de la voluntad de Dios y si debíamos hacer algo diferente.

¿Alguna vez ha tenido usted una experiencia como ésta? Tal vez empezó algo, y casi de inmediato siente el golpe de las circunstancias.

Me he dado cuenta de que esta es una experiencia bien común cuando comenzamos algo en el Reino. Comenzamos con gran visión y entusiasmo y con toda brusquedad sentimos el golpe de la realidad. En vez de avanzar, retrocedemos. Las cosas no marchan como queríamos. La oposición se hace sentir a través de personas poco cooperadoras y circunstancias desfavorables.

Yo quiero animarlo. No, ¡un momento! El Señor quiere animarlo. Tenga la seguridad de que el Señor quiere hacer algo grande si hay caos al comenzar. El enemigo sabe que es mucho más fácil destruir un ministerio, una extensión, un programa de edificación cuando está en su etapa de concepto, el período inicial. Así que arrojará lo que encuentre a la mano para que se desanime y decida abandonar lo que comenzó.

Esta es exactamente la razón del segundo sermón de Hageo. Él predicó su primer sermón el 29 de agosto. Ahora es el 17 de octubre, siete semanas después. Lo siguiente es el sermón en su totalidad, de Hageo, capítulo 2:1–9:

¹El día veintiuno del mes séptimo, vino palabra del SEÑOR por medio del profeta Hageo: ²«Pregunta a Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, al sumo sacerdote Josué hijo de Josadac, y al resto del pueblo: ³«¿Queda alguien entre ustedes que haya visto esta casa en su antiguo esplendor? ¿Qué les parece ahora? ¿No la ven como muy poca cosa? ⁴Pues ahora, ¡ánimo, Zorobabel! —afirma el SEÑOR—. ¡Ánimo, Josué hijo de Josadac! ¡Tú eres el sumo sacerdote! ¡Ánimo, pueblo de esta tierra! —afirma el SEÑOR—. ¡Manos a la obra, que yo estoy con ustedes! —afirma el SEÑOR Todopoderoso—. ⁵Y mi Espíritu permanece en medio de ustedes, conforme al pacto que hice con ustedes cuando salieron de Egipto.»

»No teman, ⁶porque así dice el SEÑOR Todopoderoso: “Dentro de muy poco haré que se estremezcan los cielos y la tierra, el mar y la tierra firme; ⁷¡haré temblar a todas las naciones! Sus riquezas llegarán aquí, y así llenaré de

esplendor esta casa —dice el SEÑOR Todopoderoso—. ⁸Mía es la plata, y mío es el oro —afirma el SEÑOR Todopoderoso—. ⁹El esplendor de esta segunda casa será mayor que el de la primera —dice el SEÑOR Todopoderoso—. Y en este lugar concederé la paz”, afirma el SEÑOR Todopoderoso.»

¿Saben qué? El desánimo está en todas partes. ¿Por qué?

Algunas de las personas mayores cuando vieron el comienzo de la obra de reedificación, dijeron: “Recordamos el templo de Salomón que estuvo en este lugar. Era tan majestuoso, tan hermoso. Lo que ustedes construyen es nada.”

Uno de los problemas que enfrentamos en el ministerio del evangelio es la tendencia de glorificar los buenos tiempos pasados. Yo quiero decir que algunos de esos buenos tiempos pasados, en realidad no fueron tan buenos.

Ciertamente, el templo de Salomón era hermoso—pero con cuanto conveniencia los más ancianos habían olvidado la denuncia de los profetas acerca de lo que sucedía en el templo. Lea Ezequiel 8 y se informará del disgusto de Dios con la vida en el templo: «Hijo de hombre, ¿ves las grandes abominaciones que cometen los israelitas en este lugar, y que me hacen alejarme de mi santuario? Realmente no has visto nada todavía; peores abominaciones verás.» (8:6).

Recibo cartas y notas electrónicas de personas bien intencionadas que básicamente dicen que las Asambleas de Dios está cada día peor, que las cosas ya no son como antes, y que Dios ha escrito Icabod sobre la puerta. Si creyera esto hoy mismo me iría. Pero en vez de esto veo la poderosa obra de Dios en nuestro medio. Se ha levantado una nueva generación con una gran pasión por el Señor, y ellos cumplirán la visión que nuestros fundadores declararon en el Segundo Concilio en Chicago, en noviembre de 1914: “¡Nos comprometemos con el Señor para participar en la más grande obra evangelística que el mundo jamás ha visto!”

Vamos a confiar en Dios de que veremos un despertar espiritual en toda América, que se establecerán millares de nuevas iglesias y las iglesias antiguas serán revitalizadas para que se extiendan a cada ciudad, a cada suburbio, a cada pueblo, a cada vecindad—creyendo que Cristo edificará su Iglesia y confirmará su Palabra con las señales y maravillas que seguirán. En nuestra fraternidad habrá una pasión renovada por las misiones, por el evangelismo, por el discipulado, por la compasión, por la adoración, por el establecimiento de iglesias, también por la revitalización de iglesias, por la educación superior pentecostal, por todos nuestros ministerios.

¿Cómo sé esto?

Porque la Palabra de Dios es verdad. Tome las palabras de Hageo y aplíquelas a su vida. Examine las frases que Hageo repite una y otra vez:

Pues ahora, ¡ánimo, Zorobabel! —afirma el SEÑOR—. ¡Ánimo, Josué hijo de Josadac! ¡Tú eres el sumo sacerdote! ¡Ánimo, pueblo de esta tierra! —afirma el SEÑOR—. ¡Manos a la obra, que yo estoy con ustedes! —afirma el SEÑOR Todopoderoso—.

El Señor usa tres veces la palabra “ánimo”. Cuando no tenemos ánimo, lo más probable es que nos llenemos de temor. Debemos poner atención a la palabra que Jesús habló a sus discípulos en medio de la tormenta: “¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!” (Marcos 6:50). La presencia personal del SEÑOR nos da ánimo, determinación, y convicción de que Él no permitirá que su causa falle.

En su comentario de los profetas menores, Elizabeth Achtemeier se refiere a las palabras “yo estoy con ustedes”:

La promesa del SEÑOR Todopoderoso es el elemento importante en la predicación de Hageo, pero Dios no sólo lo habla para el tiempo de Hageo. La promesa es como un hilo de plata que une toda la historia de la Biblia. Fue la promesa que aseguró incluso al astuto Jacob que Dios lo protegería donde estuviera (Gn. 28:15). Fue esa sola promesa la que sostuvo a Moisés, el pastor de ovejas, cuando volvió a Egipto para enfrentar al faraón con la petición de que dejara ir al pueblo (Ex. 3:12). Fue esa palabra vigorizante que armó a Josué cuando se preparó para dirigir a los israelitas a la Tierra Prometida (Jos. 1:5). Fue esa palabra de confianza que preparó al joven Jeremías para profetizar, aunque toda Judá se volvió contra él (Jer. 1:8, 15:20).

Es la promesa que Cristo mismo nos hace a nosotros (Mt. 28:20). El apóstol Pablo continuó predicando en Corinto porque Dios le habló las siguientes palabras: «No tengas miedo; sigue hablando y no te calles, pues estoy contigo. Aunque te ataquen, no voy a dejar que nadie te haga daño, porque tengo mucha gente en esta ciudad.» (Hechos 18:9,10).

Achtemeier además dice:

Cristo está siempre con nosotros: en los buenos y en los malos tiempos, en la enfermedad y en el sufrimiento, en el momento de nuestro nacimiento y en el momento de nuestra muerte, y nunca nos dejará ni nos abandonará. Esa es la seguridad que tenemos en nuestro camino al Gólgota. Esta es la gran seguridad que tenemos cuando nos casamos y tenemos hijos, cuando vamos en pos de nuestro llamado y ganamos nuestro pan. Esta es la promesa segura que está con nosotros aún cuando nuestro cabello encanece y nuestras piernas se debilitan.

Pero en todos los gozos y las agonías de la vida, y los días de eternidad por venir, la palabra de Dios, la palabra de Cristo, es suficiente: “Yo estoy contigo.”

A través de Hageo, Dios habla al líder de los sacerdotes y al pueblo. Dios Todopoderoso da dos mandatos y una promesa. Los mandatos son: “¡Ánimo y manos a la obra!” La promesa es “Yo estoy con ustedes”. Esa es la misma promesa que hiciera a Hageo al final del primer sermón del 29 de agosto; después, siete semanas más tarde se repite. Es una promesa que aun hoy se repite. “Yo estoy contigo. Yo estoy contigo el 2 de agosto de 2011, y estaré contigo el 17 de octubre de 2011, y estaré contigo cada día, todos los días, cada hora de cada día, cada minuto de cada hora, cada segundo de cada minuto. Nunca te dejaré ni te desampararé. ¡Estaré contigo siempre!”

En uno de los primeros ejemplares del Evangelio Pentecostal, de 1913 (un año antes de que se organizara el Concilio General), encontré la siguiente declaración: “Si pienso en el mundo, llevaré conmigo la marca del mundo; si pienso en mis tribulaciones y sufrimientos, llevaré conmigo la marca de mis tribulaciones y sufrimientos; si pienso en mis fracasos, llevaré conmigo la marca de mis fracasos; si pienso en Cristo, llevaré en mi la marca de Cristo.”

No servimos a un Jesús débil, un Jesús desprovisto de poder, un Jesús que olvida sus promesas o abandona a su pueblo o su obra. Cuanto más nos enfoquemos en Él en vez de nuestras circunstancias, tanto más fortalecidos seremos. Nuestra contraseña debe ser “¡Él puede!”

El Dios de Hageo es todopoderoso—SEÑOR Todopoderoso. De esto se entiende que la palabra de Dios tiene autoridad—el tiempo obedeció su mandato (1:11), y todo el Universo cabe en su puño y un día será remecido por su mano (2:6,21).

En este tiempo de desánimo, los más ancianos lloraron y se lamentaron al ver el trabajo de reedificación y al comparar el segundo templo con el primero, pero el Señor los rechazó:

¡haré temblar a todas las naciones! Sus riquezas llegarán aquí, y así llenaré de esplendor esta casa —dice el SEÑOR Todopoderoso—. El esplendor de esta segunda casa será mayor que el de la primera —dice el SEÑOR Todopoderoso—. Y en este lugar concederé la paz” , afirma el SEÑOR Todopoderoso (2:7,9).

Esta es una promesa asombrosa.

¿Y cuándo el Señor mantuvo esta promesa? Si examinamos cuidadosamente la historia del primer templo que construyó Salomón y el segundo templo que comenzó con la predicación de Hageo y que fue terminado siglos después con Herodes el Grande, notará

algo muy interesante. No hay registro de que la gloria de Dios, la Shekina, que apareció en la dedicación del primer templo se vio en la dedicación del segundo templo.

¿Entonces cuándo la gloria del segundo templo fue mayor que la del primero? ¡Cuando Jesús, el Señor de la gloria, entró por sus puertas!

Nunca antes Dios había venido en carne y había andado en el monte Moria, donde Abraham estuvo a punto de sacrificar a Isaac, el monte que fue la parcela de Arauna y que David compró y donde más tarde Salomón construyó el templo. Grandes hombres y mujeres, sacerdotes y profetas, fueron y vinieron; pero sólo una vez el mismo Hijo del Hombre descendió, y enseñó y sanó en ese lugar. Con la entrada de Jesús al templo se cumplieron las palabras del Salmo 24:7–10:

Eleven, puertas, sus dinteles; levántense, puertas antiguas, que va a entrar el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria? El SEÑOR, el fuerte y valiente, el SEÑOR, el valiente guerrero. Eleven, puertas, sus dinteles; levántense, puertas antiguas, que va a entrar el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria? Es el SEÑOR Todopoderoso; ¡él es el Rey de la gloria!

Hageo específicamente relacionó la gloria futura con lo que Dios dijo: “¡haré temblar a todas las naciones! Sus riquezas llegarán aquí, y así llenaré de esplendor esta casa”. En Jesús, se había cumplido el deseo de todas las naciones. Jesús no es Señor exclusivo de un pueblo—Él es el deseado de todas las naciones. Nosotros tenemos un evangelio completo para todo el mundo.

Sí, Dios cumplió la promesa que hizo a través de Hageo de que todavía no habían lo mejor. La personas negativas en tiempo de Hageo no podían ver esto porque tenían la atención fija en el pasado. Si hubieran mirado a Dios, también podrían haber mirado al futuro, esperando lo que Dios haría por ellos.

La solución para el desánimo es que dejemos de escuchar los comentarios negativos y comencemos a escuchar al SEÑOR de los Ejércitos, el SEÑOR Todopoderoso.

Quiero orar al Señor por cada iglesia y ministro y obrero laico de las Asambleas de Dios cuyos días pasados fueron aparentemente más gloriosos en comparación con lo que está viviendo hoy: “El esplendor de esta segunda casa será mayor que el de la primera — dice el SEÑOR Todopoderoso” ¿Podemos creer que se avecina una renovación en todas nuestras iglesias en América, un fresco y poderoso viento del Espíritu que trae un avivamiento sin paralelo y una gran cosecha de almas en todo nuestro país? ¡Ánimo! ¡Manos a la obra! El SEÑOR Todopoderoso está con nosotros.

DESHONRA

El tercer sermón de Hageo tuvo lugar el 18 de diciembre de 520 AC. Él comienza con una analogía un tanto difícil acerca de la tercera D, Dishonra, y enseguida hace una rápida transición a una maravillosa promesa.

¹⁰ El día veinticuatro del mes noveno del segundo año de Darío, vino palabra del Señor al profeta Hageo: ¹¹ «Así dice el Señor Todopoderoso: “Consulta a los sacerdotes sobre las cosas sagradas.” » Entonces Hageo les planteó lo siguiente:

¹² —Supongamos que alguien lleva carne consagrada en la falda de su vestido, y sucede que la falda toca pan, o guiso, o vino, o aceite, o cualquier otro alimento; ¿quedarán también consagrados?

—¡No! —contestaron los sacerdotes. ¹³ —Supongamos ahora —prosiguió Hageo— que una persona inmunda por el contacto de un cadáver toca cualquiera de estas cosas; ¿también ellas quedarán inmundas?

—¡Sí! —contestaron los sacerdotes. ¹⁴ Entonces Hageo respondió: «¡Así es este pueblo! ¡Así es para mí esta nación! —afirma el Señor—. ¡Así es cualquier obra de sus manos! ¡y aun lo que allí ofrecen es inmundo! ¹⁵ »Ahora bien, desde hoy en adelante, reflexionen. Antes de que ustedes pusieran piedra sobre piedra en la casa del Señor, ¹⁶ ¿cómo les iba? Cuando alguien se acercaba a un montón de grano esperando encontrar veinte medidas, sólo hallaba diez; y si se iba al lagar esperando sacar cincuenta medidas de la artesa del mosto, sólo sacaba veinte.¹⁷ Herí sus campos con quemazón y con plaga, y con granizo toda obra de sus manos. Pero ustedes no se volvieron a mí —afirma el Señor—. ¹⁸ Reflexionen desde hoy en adelante, desde el día veinticuatro del mes noveno, día en que se colocaron los cimientos de la casa del Señor. Reflexionen: ¹⁹ ¿Queda todavía alguna semilla en el granero? ¿Todavía no producen nada la vid ni la higuera, ni el granado ni el olivo? ¡Pues a partir de hoy yo los bendeciré!»

En este momento ya ha habido tres meses de adelanto en la obra de construcción. Zacarías se ha unido a Hageo como profeta en Jerusalén (Zacarías 1:1). Hageo presenta una parábola para mostrar de qué manera se ha contaminado la fe de Israel a través de la ruina de su templo. Es como un cuerpo sin vida en medio de la ciudad. Entenderemos mejor la ilustración de Hageo con la siguiente analogía—si tengo influenza y beso a mi esposa en los labios, la posibilidad es que yo la contagie a ella en vez de que ella me sane a mí.

En esta ilustración de un templo que ha sido dishonrado, Hageo da una mirada retrospectiva al tiempo antes de que el pueblo hubiera comenzado a reedificar. Los ritos religiosos que el pueblo había practicado eran inútiles porque el corazón de ellos no estaba bien. Habitaban en sus cómodas casas, pero habían descuidado la obra de Dios. Considerando que ni sus prioridades ni su corazón estaban bien, todo lo que ofrecían a

Dios era inmundo; eran ofrendas que no honraban a Dios.

Hageo repentinamente deja la analogía y dice: “Ahora, todo es diferente.” El pueblo ha mostrado meses de compromiso con la obra de restauración. Antes del primer sermón de Hageo y antes de que comenzara la reedificación, el país estaba en profunda recesión. No les quedaba semillas en los graneros y no había fruto de la vid, de la higuera, de los árboles de granada, ni de los olivos. La producción de cebada se redujo a la mitad, obtuvieron sólo cuarenta por ciento de la producción de vino, los campos fueron azotados con plagas, con moho, y granizo—y con todo, ellos no se arrepintieron. ¿Por qué se produjo este cambio en Hageo? Él predicó fervorosamente y el pueblo se arrepintió. Cuando un hombre o una mujer de Dios pasa tiempo en la presencia del Señor con el anhelo de oír su voz, el mensaje que predique producirá poderosos resultados.

La predicación no debe ser el ejercicio de buscar un sermón en la Internet, copiar el sermón de otra persona, buscar maneras más innovadores de capturar la imaginación de las personas. La predicación que produce evangelismo y discipulado siempre nace de una profunda convicción de que, como mensajeros, estamos verdaderamente proclamando la palabra de Dios. Note cuántas veces se hace referencia a esto en el corto libro de Hageo. Cinco veces se usa la frase “vino palabra del SEÑOR a través de [o vino a Hageo]” (1:1,3; 2:1,10,20). Ocho veces se usa la expresión “Así dice el SEÑOR Todopoderoso [o, dice el SEÑOR / SEÑOR Todopoderoso]” (1:2,5,7; 2:6–9,11). Doce veces se usa la frase “afirma el SEÑOR [o SEÑOR Todopoderoso]” (1:9,13; 2:4,8,9,14,17,23). EL poderoso efecto de la predicación surge de la confianza de que el predicador está hablando en nombre de Dios. Note el impacto de la predicación (1:12): “y todo el resto del pueblo, obedecieron al SEÑOR su Dios, es decir, obedecieron las palabras del profeta Hageo, a quien el SEÑOR su Dios había enviado”.

En ese versículo hagamos referencia al pastor Smith y a First Assembly: “y todos en First Assembly, obedecieron al SEÑOR su Dios, es decir, obedecieron las palabras del pastor Smith, a quien el SEÑOR su Dios había enviado”.

El resultado de la predicación ungida que produce arrepentimiento es un cambio en el futuro del pueblo de Dios. Ese mismo día, 18 de diciembre, Hageo dice que las aflicciones económicas han llegado a su fin. “¡Pues a partir de hoy yo los bendeciré!” (2:19).

¡Qué maravilloso mensaje para una iglesia desmoralizada y decadente que se ha arrepentido de no haber cumplido el propósito de Dios para ella: “¡Pues a partir de hoy yo los bendeciré!” Pido a Dios que diga esto de cada iglesia, cada pastor, cada ministro, cada misionero, cada evangelista, cada educador y maestro, cada laico en nuestra familia de las Asambleas de Dios: “¡Pues a partir de hoy yo los bendeciré!”

Y además es una gran y liberadora palabra para todos los que se han aventurado en una senda de auto-destrucción y que todavía no han respondido al perdón y a la restauración que el Señor les ofrece con brazos abiertos: “¡Pues a partir de hoy yo los bendeciré!”

DESTINO

De sólo tres versículos, es el más corto de los sermones de Hageo y el segundo mensaje del 18 de diciembre, además del último de la serie de cuatro sermones. Este es el sermón del Destino.

²⁰ El día veinticuatro del mismo mes vino por segunda vez palabra del SEÑOR a Hageo.²¹ «Di a Zorobabel, gobernante de Judá: “Yo estoy por estremecer los cielos y la tierra.²² Volcaré los tronos reales y haré pedazos el poderío de los reinos del mundo. Volcaré los carros con sus conductores, y caerán caballos y jinetes, y éstos se matarán a espada unos a otros.²³ En aquel día —afirma el SEÑOR Todopoderoso— te tomaré a ti, mi siervo Zorobabel hijo de Salatiel —afirma el SEÑOR—, y te haré semejante a un anillo de sellar, porque yo te he elegido”, afirma el SEÑOR Todopoderoso.»

Antes de analizar el punto de Hageo acerca del destino de Israel, quiero destacar que él no era el único interesado en animar a trabajar al remanente que había vuelto de Babilonia. Junto con él estaba Zorobabel, el gobernador de Judá que había sido designado por los persas, y el sumo sacerdote Josué, hijo de Josadac. Sin ellos, Hageo no habría tenido buen éxito.

Hillary Clinton escribió el libro titulado “It Takes a Village [Es la labor del pueblo]”. A pesar de lo que usted piense del libro, si tuviera que escribir la historia de cómo crece la obra del Señor, yo tomaría prestado su pensamiento. Mi título leería: Es la Labor del Equipo. Nunca he creído en los llaneros solitarios del ministerio. Aún el personaje que todos conocemos necesitó de Toro. Jesús claramente entendió esto al seleccionar un grupo de doce, a los que envió de a dos, pero nunca solos. Mientras leí los Hechos y las epístolas conté noventa y un nombres de personas que, en un momento u otro, estuvieron asociadas al apóstol Pablo en su ministerio. La única vez que estuvo solo—en Atenas—se rindió después de un escaso resultado.

Hoy quiero decirles cuán agradecido estoy por el equipo que en la voluntad de Dios, ustedes han elegido para que trabaje conmigo: Alton Garrison, Jim Bradford, Doug Clay, John Bueno, y Zollie Smith. Ellos, junto con los presbíteros ejecutivos, todos los líderes de distrito, los pastores, los ministros, y los laicos de nuestra fraternidad forman el equipo más poderoso de personas con el que cualquier líder se sentiría honrado de trabajar.

Mis palabras de aliento para ustedes son que atesoren el equipo con quien trabajan. Esta labor del ministerio es demasiado grande para que la hagamos solos. Aprendí esta lección al crecer como hijos de misionero y de pastor. Ese era el tiempo cuando no había trabajo de equipo. Vi a mis padres luchar con toda valentía, casi siempre solos, en iglesias

pequeñas y difíciles y en el establecimiento de nuevas iglesias. Eso no debe suceder. Nos necesitamos unos a otros.

Volvamos al énfasis acerca del destino que presenta Hageo. Tal vez usted se pregunta quién era Zorobabel y que significado tiene un anillo de sellar para el destino de Israel y para el nuestro.

Encontramos el nombre de Zorobabel en la genealogía de Jesús, Mateo 1:12: “Jeconías fue el padre de Salatiel; Salatiel, padre de Zorobabel”. Esto significa que Jeconías fue abuelo de Zorobabel; y esta historia encierra otra historia.

Joaquín (llamado también Jeconías) fue rey de Judá cuando tenía sólo dieciocho años de edad. Su reinado, si lo pudiéramos llamar de esa manera, duró tres meses y diez días. Ese fue todo el tiempo que necesitó para hacer “lo que ofende al SEÑOR” (2 Crónicas 36:9). Después los babilonios lo llevaron cautivo y pusieron como rey a su tío Sedequías. Israel fue destruida durante el reinado de Sedequías. Después de este rey, nadie se ha sentado en el trono terrenal de David.

Nosotros sí sabemos que Joaquín tuvo esposas (2 Reyes 24:15) y un hijo, Salatiel. Jeremías proclamó la violenta denuncia que Dios hizo de Joaquín, que incluía estas palabras:

»¡Tan cierto como que yo vivo —afirma el Señor—, que aunque Jeconías hijo de Joacim, rey de Judá, sea un anillo en mi mano derecha, aun de allí lo arrancaré! . . . Así dice el Señor: «Anoten a este hombre como si fuera un hombre sin hijos; como alguien que fracasó en su vida. Porque ninguno de sus descendientes logrará ocupar el trono de David, ni reinar de nuevo en Judá.» (Jeremías 22:24,30).

El anillo de sellar estaba grabado con el sello del rey. Se usaba para sellar todos los documentos oficiales. Para protegerlo de robos, el rey siempre lo llevaba en su mano.

Cuando Dios dice: “aunque seas un anillo en mano derecha, de allí te arrancaré”, está hablando de un ultimátum para Jeconías, y no sólo eso, sino que los descendientes de Jeconías o Joaquín nunca más se sentarían en el trono de David.

En este momento las últimas palabras de Hageo se convierten en algo maravilloso. Zorobabel es el nieto del desafortunado Jeconías, pero a diferencia de su abuelo, él no hizo lo malo ante los ojos del Señor. Mas bien se unió a Hageo, a Zacarías, y a Josué el sacerdote para hacer la obra del Señor en la reedificación del templo.

Parecía que la sentencia de Dios contra Jeconías era irreversible. Pero setenta y siete años después de que Jeconías fuera despojado del anillo de sellar y que su descendencia perdiera el privilegio de sentarse en el trono de David, el SEÑOR Todopoderoso declara enfáticamente: “a ti, mi siervo Zorobabel hijo de Salatiel —afirma el SEÑOR—, y te haré

semejante a un anillo de sellar, porque yo te he elegido”.

Es la manera en que Dios dice: “Después de todo, no he acabado con la descendencia de David.” Ese anillo de sellar de la realeza, retóricamente hablando, pasó de generación a generación por quienes cuyo nombre está registrado en el evangelio de Mateo, hasta . . . hasta que llegó a Jesús. Enfáticamente, Jesús declaró al final de su ministerio, después de su crucifixión y resurrección, y cuando se preparaba para ir al cielo: “Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18). Esas son las palabras de alguien que tiene el anillo de sellar de Dios—el Único que tiene autoridad para perdonar pecados, para sanar, para bautizar en el Espíritu Santo, para limpiar corazones, para liberar a los esclavos de adicciones, para abrir las puertas de la cárcel, y para levantar a los muertos. Y Él reinará, y todos sus enemigos estarán bajo sus pies.

Hageo dejó su huella en las Asambleas de Dios de su tiempo. Él predicó con fervor, y en sólo cuatro meses la situación cambió completamente. Dónde hubo sequedad y recesión, desesperanza y una completa falta de progreso—ahora el pueblo de Dios participa en la misión de reedificar. Cuatro meses antes, no había esperanza de un futuro positivo. Pero qué diferencia se ve cuando hay líderes ungidos, predicación ungida, ministerios ungidos. El pueblo de Dios puso manos a la obra. Recuperaron la confianza. Se fortalecieron. Y el SEÑOR les dijo: “Ustedes son un pueblo con destino. Tienen un gran futuro por delante.”

UN EJEMPLO DE NUESTRO PASADO

El lema de nuestro Concilio General es “Deje su huella en nuestro movimiento”. No es realmente nuestro movimiento, sino el movimiento de Dios. Sin embargo, todos queremos que nuestra vida cuente para el Señor, y por eso nos hemos propuesto dejar nuestra huella en nuestra familia, nuestros amigos, nuestra iglesia, nuestro ministerio, y en nuestra comunidad.

Esto me hace pensar en las primeras personas que dejaron su huella en la historia de nuestro ministerio. Cuando predico en las convenciones de misiones en las iglesias, varias veces he mostrado un afiche que pusimos en las paredes de nuestras iglesias en el año 1939. En el afiche se lee “Misiones y Misiones de las Asambleas de Dios, África”. En el afiche están las fotos de todos los misioneros de las Asambleas de Dios que sirvieron en África en 1939. Las fotos rodean un dibujo del continente de África en el centro del afiche. Al pie del dibujo del continente, se leen las estadísticas de 1939: 125 iglesias y puntos de predicación, y 13.000 creyentes en esas iglesias.

Lo maravilloso acerca de este afiche es que esos fueron misioneros que fueron enviados en el tiempo de la Gran Depresión. Ellos dejaron su huella en nuestro movimiento. Como resultado de la semilla que plantaron, hoy ya no tenemos 125 iglesias y puntos de predicación en África. Hoy tenemos 67.825 iglesias y puntos de predicación. Y ya no tenemos 13.000 creyentes. Hoy tenemos 16.599.208 creyentes.

Observe nuevamente el afiche. ¿Qué habría sucedido si ellos hubieran dejado para después su misión? ¿Qué hubiera sucedido si nuestras iglesias durante la Gran Depresión hubieran dicho: “No tenemos los recursos para enviar misioneros. Nos reunimos en salones donde tenemos que pagar arriendo, escuelas, sótanos de iglesias que no están terminadas, en salones de venta, bajo los árboles, en tiendas. Primero tenemos que edificar nuestras propias iglesias y después veremos la posibilidad de enviar misioneros.” ¡Oh, no! Esta generación entendió que la Gran Depresión no invalidó la Gran Comisión. Ellos no vieron con dilación su responsabilidad. Ellos no sucumbieron ante el desánimo. La buena condición de su corazón los protegió de deshonrar la visión y su esfuerzo. Tenían la visión de su destino en la obra del Señor. Y en 2011, nosotros somos sus herederos espirituales. ¡Imitemos el ejemplo que ellos nos dejaron!

Quiero terminar citando el ejemplo de una pareja cuya foto está en este afiche: John y Cuba Hall.

Ellos fueron a África Occidental en 1930 como misioneros solteros, patrocinados por dos organizaciones diferentes. Ellos se conocieron en el país que hoy es Burkina Faso, la boda fue oficiada en inglés y en el idioma de los Mossi.

Durante los treinta años que vivieron entre los Mossi, ellos encabezaron la traducción de toda la Biblia al idioma de este pueblo. El idioma no cantaba con un sistema de escritura, así que ellos trabajaron con otros para crear un sistema ortográfico—el texto escrito del idioma. Cuando los Hall terminaron el Nuevo Testamento con la ayuda de otro matrimonio, el hermano Hall con la traducción de casi todo el Antiguo Testamento, e hizo copias del documento en un mimeógrafo. Durante su carrera de misionero, John Hall seis veces mecanografió la Biblia entera en estenciles para mimeógrafo. Los predicadores mossi esperaban en sus bicicletas fuera de la casa de los Hall cuando se enteraban que otro libro de la Biblia estaba saliendo del mimeógrafo. Ponían el libro en su mochila y salían a predicar a los pueblos y las villas.

Varios años después, ministré en Burkina Faso y un día tuve oportunidad de visitar el cementerio de Ouagadougou, la capital del país. Recorrí un sector del cementerio dedicado a los misioneros de las Asambleas de Dios y los miembros de las familias que habían perdido la vida por causa de enfermedades para las que no habían sido inmunizados. Hay una veinte tumbas, fue una experiencia sobrecogedora pensar en el precio que se pagó para llevar el evangelio a los mossi.

Me detuve en cada tumba, y finalmente llegue a una que leía, “Billy Hall, 6 meses”. Pensé, ¿habrá sido este un hijo de John y Cuba Hall?

Cuando regresé a Springfield, en la iglesia me encontré con la hermana Hall, una mujer pequeña de noventa y tres años. Le dije: “Hermana Hall, hace poco estuve en Ouagadougou y vi una lápida que leía, ‘Billy Hall, 6 meses’. ¿Era ese su hijo?”

Los ojos se le llenaron de lágrimas ante el recuerdo de tantas décadas pasadas. “Oh sí,” dijo ella. “Billy fue nuestro primer hijo. Cuando enfermó, cada día y cada noche los

mossi venían a mirar por nuestra ventana. No teníamos aire acondicionado. Ellos venían para ver en que manera afectaría la fe del hombre blanco si después de haber orado a su Dios, su hijo moría. Pero nosotros entregamos a Billy al SEÑOR, aceptamos su muerte como la voluntad de Dios, resistimos la amargura, y ese fue el inicio y lo que abrió las puertas al evangelio. Los africanos pierden muchos niños por muerte prematura que nuestra experiencia fue muy valiosa para que nos identificáramos con ellos.”

Le dije: “Hermana Hall, si ustedes hubieran dejado que la muerte de Billy los llenara de resentimiento o los desanimara, probablemente habrían dejado la obra en África y habrían vuelto a casa. Pero se quedaron a pesar de la pérdida y del dolor; y hoy, en Burkina Faso hay iglesias en todas partes [según las últimas estadísticas hay alrededor de un millón de personas de las Asambleas de Dios en un país dieciséis millones de habitantes], y hay Biblia en todas partes.”

John y Cuba Hall y un ejército de misioneros de esa generación que han servido en todas partes del mundo no miraron con dilación su responsabilidad, no dejaron que el desánimo los alejara de la obra de Dios. Ellos, como Hageo, fueron mensajeros de Dios.

En este Concilio General, de pie en el borde del futuro, quiero animar a cada uno de los presentes: Hoy no es el tiempo de retroceder. Hoy no es el tiempo de habitar en nuestras cómodas casas. Este es el tiempo de Dios. El Espíritu Santo ha puesto algo en lo profundo de su corazón. ¡No postergue su respuesta! ¡No deje que el desánimo le impida cumplir su labor! ¡No deje que el mal ejemplo de otros o las actitudes de otros lo corrompan! ¡De hoy en adelante, Dios está aquí para bendecirle. El destino que tiene para usted es que lo guiará de victoria en victoria—hasta que llegue ante su trono en el cielo. ¡Oremos que el Espíritu Santo nos llene de poder para que dejemos nuestra huella en nuestro servicio a Cristo!